

El Maestro de Babilonia

Miguel Ángel Arcaz Sánchez

Hace ya demasiado tiempo, en un pequeño lugar perdido en la memoria de los hombres, existía un Lucid. De hecho, se trataba del mismo Lucid que mucho más tarde acabaría convirtiéndose en un viajero. Uno que, sin saberlo, dejaría huella en toda la historia de la humanidad. Sin embargo, el Lucid del que hablamos en esta ocasión es tan solo un joven, que en aquella época debería tener unos once años y al que le quedaba mucho por aprender en ese tema tan espinoso que es la vida. Un Lucid que ignoraba su grandioso destino.

El niño Lucid era exactamente lo que se esperaba en alguien de su misma edad. Inquieto y travieso, despreocupado por el mañana y sin ningún tipo de interés en su propio futuro. Le habían preguntado en múltiples ocasiones qué era lo que quería ser de mayor, y él siempre respondía que no le hacía falta ser nada porque siempre podría vivir del dinero que ganaba su padre. Despreocupado, ya lo hemos dicho.

Lucid salió aquel día temprano de su casa. Más bien en plena noche, equipado con tan solo un zurrón que guardaba con celo unas pocas provisiones. Había discutido con sus padres otra vez. Ellos querían que él estudiara, que se convirtiera en un sabio y ayudara al progreso de la humanidad. Pero ellos no eran capaces de comprender su postura. Al mundo no le hacía falta otro sabio más, había dicho Lucid, y además esa torre de Babel le daba muy mala espina. Aunque a decir verdad, lo que realmente opinaba Lucid era que su vida ya era lo suficientemente buena como para malgastarla en hacer cosas útiles.

Justamente en aquel preciso instante, una figura alta y encapuchada se aproximaba lentamente al poblado. Con la cabeza gacha y voz muda. Pensativa. Como si no fuera de este mundo, al menos hasta el momento en el que se cruzó con el joven Lucid. Momento en el que ambos pasaron de largo, distraídos, sin apenas verse. Sin embargo una voz anciana y sabia retumbó dentro de la cabeza del niño. Le gritaba que debía volver a su casa, que no le iría bien por los caminos, que Lucid hijo de Arin era un inútil incapaz de sobrevivir por sus propios medios. Que no sabía nada porque nunca se había interesado en saber. Y que moriría de hambre, perdido en la inmensidad de un vasto mundo, si se atrevía a salir del pueblo.

Lucid se detuvo en seco, levantó la mirada y vio cómo su acompañante se descubría como un hombre de barba blanca. Parecía uno más de esos eruditos que provenían de la torre de Babel, pero el rostro de éste era diferente. Al contrario que los sabios parecía que el hombre sí había vivido. Lucid miró de nuevo, esta vez desafiante. Aunque su corazón le decía que el hombre tenía razón, nadie tenía derecho a hablarle de ese modo. Especialmente ese tipo de

personas a las que uno no conoce. El hombre, emitió una sonrisa amarga. Entonces los ojos de Lucid se cerraron, entrando en la oscuridad.

El sol de la mañana cegó a Lucid. Abrió los ojos y se encontró en su propia casa. No lo comprendía. No sabía cómo había llegado allí ni por qué parecía que el verano hubiese dado paso al invierno. Se levantó a duras penas e intentó caminar pero las piernas se estaban revelando a su voluntad. Aun así, no sin poco esfuerzo, logró salir de la habitación. Luego decidió ir a buscar a su padre pero lo único que encontró fue una casa vacía.

Oyó murmullos procedentes del exterior, y al mirar por una de las ventanas vio que prácticamente todo el pueblo estaba reunido. Entonces Lucid tuvo un presentimiento, y por primera vez en su vida tuvo la certeza de que algo realmente malo estaba a punto de suceder. Se aproximó al grupo, entró en el círculo y solo encontró a Vana, su hermana menor. Sin aliento, sin vida. Muerta. Lucid no tardó en derrumbarse pero una figura cálida le abrazó.

Pobre chico, la desgracia se cierne sobre la sangre que corre por sus venas. Primero sus padres y ahora su hermana. Pobre muchacho. Pobre, pobre muchacho —murmuró alguien de entre el grupo—. Lucid no comprendía. La cabeza le daba vueltas una y otra vez. Intentando asimilar todo lo que estaba sucediendo. No podía creerlo. No era capaz de recordar cuándo ni cómo murieron sus padres, no recordaba ser tan mal hijo como para olvidar ese detalle. Tampoco le cuadraba tan brusco cambio de temperatura, algunos detalles de la arquitectura del pueblo o por qué su hermana muerta parecía al menos un par de años mayor.

Una voz anciana susurró dentro de su cabeza. Eres un ser extraordinario, Lucid hijo de Arin. Sabía que aquí encontraría lo que tantos años he estado buscando, pero jamás imaginé que el don descansaría en alguien tan inútil como tú. Puedes salvarla si lo deseas. Puedes volver al pasado o volar hacia el fin del tiempo si es tu voluntad. Yo te enseñaré como. Conmigo dominarás tu increíble potencial.

Cuando Lucid levantó la vista se encontró con los ojos de un viejo rostro bastante familiar. Se trataba del mismo hombre que encontró en los caminos la noche anterior ¿o acaso en una noche de varios años de antigüedad? No lo sabía a ciencia cierta. No sabía si debía creer al anciano, pero su corazón y los hechos le gritaban que se trataba de toda la verdad y nada más que la verdad. Entonces, por primera vez en su vida, decidió creer.

Mientras la arena del reloj caía, Maestro y alumno intentaban controlar el paso del tiempo. En muchas ocasiones no ocurría nada, y en otras tantas el tiempo pasaba muy lentamente. Aunque quizás esto último fuera por el aburrimiento que le causaba al joven Lucid estar horas y horas meditando en silencio. Alguna vez habían conseguido volver un par de minutos o viajar un par más al futuro, pero no era suficiente. Nunca llegarían al tiempo de Vana si no se esforzaban un poco más. Pero las fuerzas de Lucid ya habían superado sus propios límites y el muchacho quiso abandonar. Sin embargo el Maestro siempre estaba allí para animarle a continuar. Se trata de tu hermana —había dicho— piensa en ella y en lo injusta que fue su

muerte. Piensa que es tu deber combatir las injusticias, que puedes y debes arreglarlo porque solo tú tienes el poder para hacer algo tan noble y grandioso.

Lucid ya había cumplido diez y siete años, el Maestro se había marchado a un mundo mejor y él no había dejado de estudiar para poder entrar a servir en la torre de Babel como uno de sus sabios. Había comprendido que si alcanzaba el conocimiento absoluto sería capaz de rescatar a su hermana. Se lo había prometido a su Maestro y no iba a descansar hasta que lo consiguiera.

Sobra decir que la entrada de Lucid en la torre trajo consigo una serie de extraños acontecimientos que trazaron el destino del muchacho, y que serán relatados en futuras o pasadas ocasiones. Lucid viajó y, mientras viajaba por los más increíbles lugares, también crecía. Y cuando ya fue lo bastante mayor decidió volver a su hogar. Caminó cabizbajo, a paso lento. Pensativo. Hasta que, en la nocturnidad del camino, se cruzó con un muchacho. Le dijo que volviera a casa.